

La gran tarea que espera a Obama

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 18.01.09

Pocas veces un presidente de Estados Unidos ha terminado su mandato presidencial con tanto descrédito como George W. Bush. Con un balance tan extremadamente negativo. Y también en pocas ocasiones un presidente electo llega a la Casa Blanca despertando tantas expectativas, con una aureola de absoluta y prometedora novedad, como Barack Husein Obama. Le favorece lo que, según cómo, debería desfavorecerle: lo corto de su experiencia política, primero como senador del estado de Illinois y después como miembro de la Cámara Alta federal.

Pero Obama atrae. Ha sido capaz de convencer a las mayorías. Primero en el curso de la larga y agotadora campaña preelectoral de las primarias para obtener la candidatura presidencial del Partido Demócrata; luego en el enfrentamiento con el candidato republicano, el senador de Arizona McCain. No hace falta enumerar las muchas condiciones en contra que perjudicaban a Obama, comenzando por la de tratarse racialmente de un mestizo, con un historial alejado de los ámbitos sociales y territoriales en que se crean las élites políticas norteamericanas.

Y sin embargo, Obama ha recibido la educación de estas élites. Y aunque ha dispuesto de poco tiempo para hacer llegar su mensaje político y humano, lo ha tenido suficiente para dar la medida superior de su personalidad, su cultura, su conocimiento de las realidades de Estados Unidos e internacionales. Sobre todo, ha sabido comunicar la impresión de tener plena conciencia de que tendrá que enfrentarse a un momento

histórico de profundas mutaciones, tanto en Estados Unidos como en el mundo.

Salimos de la que podríamos llamar era Bush, marcada por el efecto terrible de las tres mil víctimas del atentado a las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre del 2001, y por las guerras de Iraq y Afganistán. Y la figura humana y política de Obama aparece con los rasgos de quien ha sido señalado por el destino para abrir una época de signo opuesto. El 11-S hizo de Bush un convencido de que era llamado a hacer realidad el "destino manifiesto" de Estados Unidos en la misión de llevar al mundo la paz y el orden universal mediante la expansión de la democracia. Directos colaboradores como el vicepresidente Cheney, el secretario de Defensa Rumsfeld y un círculo cerrado de colaboradores como Wolfowitz o Karl Rove tomaron parte muy activa en fomentar la convicción presidencial. Y le estimulaba también una amplia opinión neoconservadora, en gran parte de militancia religiosa, especialmente evangelista. El mandato de Bush venía a ser el resultado de una bien trabada aportación de grandes millonarios, ideólogos de la extrema derecha, instituciones, centros de estudio, sectores universitarios y publicaciones neoconservadoras que se había ido constituyendo, desde los años sesenta del siglo pasado, como alarmada respuesta a las revueltas universitarias, las luchas contra la discriminación racial y contra la desastrosa guerra de Vietnam.

El resonar apocalíptico del derrumbamiento de las Torres Gemelas se entendía como un posible castigo a los desvíos morales de la primera potencia mundial y a la vez como una gran provocación del Mal con mayúscula. Sobre este ASTROMUJOFF trasfondo ideológico se elaboraron los principios doctrinales de la política de Bush. Y así se abrió paso la

justificación de la unilateralidad en la política estadounidense, de la guerra preventiva, de la necesidad de garantizar la seguridad como un fin en sí, sin tener que reparar en el uso de medios contrarios a derecho del tipo de Abu Graib, Guantánamo y las actuaciones ilícitas de la CIA.

Con el final calamitoso de los dos mandatos de Bush, este neoconservadurismo ha quedado en mal lugar. Y le deja a Obama una acumulación de problemas de magnitud histórica, precisamente cuando Estados Unidos está en vías de perder su condición de única superpotencia, el mundo se desarticula en la incógnita de una fragmentación multipolar y la globalización de la economía de mercado ha entrado en quiebra, llevándose por delante la prosperidad en falso del propio Estados Unidos.

En estas condiciones, será problemático para Obama y su equipo de gobierno contraponer a la política de Bush las modalidades de búsqueda de la medida sin renunciar a la firmeza; de consenso sobre partidismo; de entendimiento de la postura del otro sin ceder en lo esencial; de transnacionalidad a partir de un sano nacionalismo, y de hacer efectivos los conceptos de reforma y restauración de la economía de mercado sin compartir las propuestas de refundar el sistema capitalista expuestas en determinados sectores del ámbito europeo.

Estados Unidos se encuentra en una encrucijada. Han perdido valor muchos de los estereotipos bajo los que se presentaba o era visto. Levanta odios y resentimientos, en parte explicables, aunque en muchos casos son utilizados para movilizar la adhesión a sectarios regímenes o movimientos populistas, nacionalistas y fundamentados en el fanatismo religioso islamista. Son formas de rechazo o resentimiento generalizado

bajo la común denuncia de antiimperialismo que Obama tiene la tarea casi titánica de disipar.